

EL DIA

## *El informe de Borges*

La calidad de "hombre póstumo" despojó a Borges de ese humor negro que tanto le festeja su club de admiradores. 79 años y algunas horas de vuelo lo trajeron a México con un sospechoso acento de sinceridad. Aparte de pensar en Reyes, ya leyó a Arreola y a Paz. Nuestro país se ha entreverado tanto en su vida que no le desea más la suerte de Texas. Nuestra literatura le es tan familiar que en lugar de lamentar la asumida cursilería de los mexicanos, capaces de darle el Premio Alfonso Reyes en el escenario de la Capilla Alfonsina —"algo así como si la biblioteca de Leopoldo Lugones se llamara Capilla Leopoldina"— puede mencionar a López Velarde, Othón, etcétera.

Nada, pues, de humor negro. Todo en su correcto sitio. Por algo se cuenta entre sus múltiples proezas la de sobrevivir en la debilidad cultural de este país, pese a los telúricos movimientos sexenales. Se deduce que su carácter de embajador sin cartera entre los gobiernos del Cono Sur le es de utilidad.

Pero su condición de "hombre póstumo" y su sitio como escritor incontaminado por la política no le impidieron expresar algunas opiniones sobre la realidad que viven los países sujetos a gobiernos dictatoriales. Interrogado sobre la situación habló de lo que conoce: "Uruguay, Argentina y Chile". "En estos países, dijo, no hay censura para el escritor. Me siento perfectamente libre, sigo entregado a mi vocación de escritor..." En torno a la expresión subjetiva, cabe agregar que Borges se quedó corto en materia de libertad. Es sabido que en Chile, Uruguay y Argentina no sólo se siente perfectamente libre, también se le sabe ampliamente premiado. Es el escritor más premiado por un jurado de aficiones literarias inocultables. ¿Por qué —me pregunto— la Fundación Nobel no llama a Pinochet y a Videla para discernir su premio literario 1979?

Aunque la generalización es puntual de la literatura borgiana —la exactitud no resulta compañera cuando se escribe *La Historia Universal de la Infamia* y *La Historia de la Eternidad*—, es conveniente señalar que la primera parte de su declaración se encuentra entre lo dudoso y lo intolerable. Dice Borges que en los tres países que conoce no hay censura para el escritor, así, en general. Por razones de honradez debía precisar que no hay censura para los escritores colaboracionistas como él, convertidos en publicistas —con o sin paga— de carniceros históricos como Videla y Pinochet. Otra sería su suerte si, como cientos, en lugar de reescribir la literatura escandinava o informar sobre Brodie, se hubiera dedicado a denunciar la existencia de campos de concentración, la tortura, la persecución, el desempleo y el hambre que padecen los pueblos del Cono Sur. Borges sabría entonces lo que es censura y exilio.

Pero ni sabe ni sabrá ni falta que le hace para llegar a México en calidad de santón de la literatura intocada por la vida. Después de haber sufrido los abucheos estudiantiles en universidades tan inocentes de extremismo como puede ser la de Jerusalén, le queda el recurso de epatar a una élite atrasada en modas.

Cosas veredes, Sancho...

**Socorro DIAZ**